

La capital del mundo

Iba a Nueva York, la capital del mundo, pero en su aduana anglosajona me rebajaron a latino o hispano oscuro. Una vez metido en la «gran manzana» caí en el pecado de probarla, siendo expulsado del paraíso y entrometido en un *pandemonium* de bulla, razas, lenguas y leguas.

Porque en Nueva York hay multiculturalismo aunque no interculturalidad, ya que sigue predominando el anglosajón, protestante y blanco o blanqueado, como es el caso reciente de Obama (Hosanna); América ha visto un panorama tan negro que se lo ha encajado a un presidente negro, aunque blanqueado. Como adujo nuestro García Lorca:

La aurora de Nueva York gime
por las inmensas escaleras
buscando entre las aristas
nardos de angustia dibujada.

Un ruido inmenso, sostenido y luengo, el eco del eco del tráfico y del tráfico, imposible de evitar día y noche. Una aglomeración de gentes que van y vienen sin descanso, pululando por doquier. Una contaminación altoambiental y un barullo anímico difuso. Imposible huir, levitar, marchar. El estruendo penetra en el gran parque y en las pequeñas tiendas, en los barrios opulentos y en los barrios desvinciados, aunque en estos sin amortiguación:

La angustia de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas
que chapotean las aguas podridas.

Nueva York es la capital del mundo exponiendo los luengos atributos de un mundo inmundo. Pero cabe irse de librerías, visitar con algún sociólogo la New School, acudir a Brooklyn, pasear por Manhattan pero no por Harlem ni el Bronx, contemplar la Sinagoga del escultor Orensanz, asistir a las Naciones Unidas aunque no unidas y subir a las Torres Gemelas antaño. La huida a las Torres Gemelas era una falsa huida, ya que simbolizaban el aspaviento americano de Nueva York, auténticos gigantes con sus aspas al viento imperialmente. Florida queda lejos, sólo cabe llegar hasta Princeton y husmear por su campus elitista. Pero hay que volver a la gran manzana.

Nueva York me parece El Cairo occidental, ciudades excesivas en las que al llegar uno quisiera volverse al observar la confusión. Nueva York, El Cairo o México, ciudades desmesuradas o confusas frente a las bellas ciudadelas del alma. Ahora bien, nadie niega el interés sociológico de Nueva York. Incluso algunos raros, como nuestro Severo Ochoa, se marchaban a Nueva York para relajarse. Quizás le dieron el premio Nobel por encontrar relajo en ciudad tan estresante.

Los primeros que salen comprenden con sus huesos
que no habrá paraíso ni amores deshojados;
saben que van al cieno de números y leyes,
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.
La luz es sepultada por cadenas y ruidos
en impúdico reto de ciencia sin raíces.
Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes
como recién salidas de un naufragio de sangre.

(F. García Lorca, *Poeta en Nueva York*)

Y, sin embargo, todo tiene sus ventajas. A la vuelta de Nueva York, España parecía un pueblo: apacible.

Andrés Ortiz-Osés

